

5

El arponero sostiene el arpón con las dos manos.
El lado fatal siempre es el más pesado,
porque hay que balancear
los movimientos de los brazos para que la punta,
en su urgencia,
no perfore la carne equivocada.

Puro hierro oscuro extraído
de una formación montañosa lejana
a la costa, a todo lo que sucede en el barco
en la planicie de alta mar.

(La acumulación de puntos negros
forma materia, forma una línea, forma el contorno
de la figura filosa.)

En cercanía a la presa
el arponero arroja la herramienta que surca el aire
en dirección
a la gran ballena blanca.

6

Un mural blanco, extenso,
con pizarrones alineados, de uno a otro lado,
con zonas negativas de creatividad, porque el papel negro
te exige empezar desde el fondo
para extraer una línea blanca,
de tiza, de lápiz,
y, desde ahí,
una formación raquílica que se abre y se convierte
en los bordes de luz del helecho,
en el esqueleto de talco que avanza unos pocos pasos
para desmoronarse.

Todo el dibujo
habita en la imaginación
para ser trazado en la pizarra,
en el papel, en el cartón,
en cualquier soporte que sea capaz
de alojar y tolerar el trasplante.

7

El lápiz negro acumula una porción de viruta en la punta.
Todas esas palabras escritas en el cuaderno,
cada una con su carga,
dejan los residuos imantados en el grafito.

Pero qué otra cosa podría esperarse,
en esa manipulación, en ese paso de mano a mano,
entre materia y vacío,
entre sonido y silencio, entre blanco y negro.

De sentir la necesidad de representar esa pugna
¿de qué manera se haría?

El lápiz negro acumula los rebordes de la palabra, porque
¿qué otro objeto en vez de una herramienta esperabas recibir
para trabajar
en la imagen y el lenguaje?

El lápiz negro arrastra el oleaje de una mina de carbón,
así de severas son sus posibilidades,
así de expansivas las repercusiones de la escritura.

La rompiente de una ola de carbón
en el centro del archivo de texto,
con todo su sonido y con toda su concentración de oscuridad
espumante,
espuma de anilina oscura que cubre los tobillos,
esto no es el balneario atestado de gente y restos de basura

que se manifiesta en enero y febrero,
esto es una caminata pegada a formaciones de piedra oscura,
no para encontrar una multitud,
no para confirmarse humano entre los humanos,
sino para encontrar un caudal de agua que refleja la luz
pero que no permite el paso de la luz.

El paso de la luz como condición
para la lectura y la escritura,
la luz en torno al trazo del lápiz,
la luz en el papel,
la luz en esa zona de la cara
formada por la frente, los ojos
y los primeros milímetros del tabique de la nariz.

El paso de la luz como condición
para recorrer a conciencia
los contornos de letras encontradas en el suelo,
letras pesadas, de grafito denso,
un abecedario desparramado en el suelo de la sala.

(Palabras, palabras, palabras,
forman el canon, el canon, el canon.
Palabras, palabras, palabras,
forman el ancla, el ancla, el ancla.)

El sonido de madera del lápiz negro
cuando se suelta sobre un montículo
de herramientas similares
es equivalente a un tintineo,
pero seco, sin prolongaciones auditivas en el espacio,

madera contra madera,
bloques contra bloques,
y ya,
no mucho más que eso.

(Un bosque contenido en el golpe entre lápices,
un reacomodamiento de árboles ancestrales
en la miniatura.)